

PERDÓNEME,

Padre...

Parte I

NOELIA MEDINA



Introducción

Camino a cuatro patas, desnuda y sucia. Muy sucia. Estoy llena de barro y de grasa acumulada. Aparentemente, llevo días sin ducharme, pero no me importa la sensación. Me gusta sentirme mugrienta por fuera, porque me recuerda que no es tan malo estarlo por dentro.

Sigo desplazándome. Es casi una danza hipnótica. La mano derecha a la vez que la rodilla derecha y, acto seguido, la mano izquierda a la vez que la misma rodilla. El ritmo no es sensual ni lento, porque alguien guía mi paso felino y parece tener prisa por hacerme llegar al destino deseado, pero sí rítmico y natural. Ese alguien ha atado una soga vieja a mi cuello y tira de ella para conducirme a algún lugar. A pesar de que a mi alrededor todo parece de color amarillento, como en una película apocalíptica, y que del cielo parece llover ceniza, no tengo miedo. Todavía. Solo siento la excitación entre mis piernas; algo extraño, teniendo en cuenta que el suelo es asqueroso. Tierra, cristales, hojas, suciedad... Y yo lo arrastro todo a mi paso. No me importa. A cualquier ser humano le asquearía la escena. Pero yo no soy cualquier ser humano.

Me concentro. El truco está en centrarme en mi respiración descompasada o en la humedad que se desliza por mis piernas. No la veo, claro, aunque puedo sentirla, y me gusta imaginarla lenta, descendente y dejando su huella a través de mis piernas sucias. Como esa lágrima que se abre paso

a través del maquillaje de tu rostro y deja el surco blanco, delatando tu tristeza.

—Camina, perra —me exige con dureza.

Alzo la mirada hacia el hombre que me guía y que me ha hablado con esa voz firme y gutural. Es muy alto y casi no puedo verle el rostro. Luce igual de sucio que yo, a diferencia de que él está vestido, que va caminando sobre sus dos piernas y que nadie lo expone. Su ropa es de labor. Esos pantalones marrones que suelen usarse para trabajar el campo y una camisa que en algún momento de su existencia fue blanca. Parece enfadado y eso me gusta. La lágrima de mi coño se desliza a mayor velocidad al intuir la furia que, muy posiblemente, desatará conmigo.

A cualquier otro ser humano tampoco le gustaría que un desconocido que lo tiene capturado desatara su ira con él.

—¿Qué pasa, chiquilla? ¿Ahora te has vuelto perezosa? Andando. —Tira de la soga con fuerza y me obliga a gatear más rápido. Mis rodillas sienten los pequeños obstáculos clavándose en ellas, pero no protesto.

Me cuesta caminar porque estoy desnutrida y tengo sed. Muchísima sed. No sé cuántos días llevo sin ingerir comida ni cuántas horas hace que no entra una gota de agua en mi garganta, pero se siente una eternidad.

—Necesito beber —murmuro con dificultad debido a las grietas de mis labios resecos.

Ríe con fuerza, detiene mi paso y se agacha para pegar su rostro al mío y decirme:

—Ahora beberás hasta agotarte.

He podido verlo. Lo reconozco como mi secuestrador: ese tipo sucio y sin escrúpulos que me tiene encerrada en la cabaña derruida y que me saca a pasear, comer, beber y follar cuando lo desea. No es guapo ni feo, ni gordo ni delgado. Es un tipo normal, alto y bruto. Demasiado hosco. Sabe lo que hace, disfruta con ello y no me da ningún poder de decisión. Nunca lo tengo.

Al alzar el rostro disimuladamente, observo que estamos llegando a la granja. Es pequeña, está en malas condiciones y en su interior guarda animales y mujeres que, como yo, va encontrando y trayendo para su uso y disfrute.

Nunca hablamos entre nosotras porque nos tiene separadas. Somos desconocidas que se unen cuando él lo desea. No conozco sus nombres, así que mucho menos sus inquietudes. Solo tenemos en común la suciedad, la desnudez, el hambre y la sed, en todos los sentidos.

Cuando abre la verja de la granja y nos internamos, las veo a mi paso. Una está tumbada en el suelo del porche, dormida sobre una manta mullida y oscura, con el pelo alborotado y colocada en posición fetal. Parece el perro que guarda el cortijo, aunque en realidad nunca tiene ganas de ladrarle a nadie. Otra, en una esquina, toma agua del bebedero de un can, sacando la lengua. Nuestros ojos conectan, más por la sed que siento que por la situación, pero mi captor tira de la soga y me hace continuar hasta llevarme dentro, a la estancia de los cerdos.

«Agua. Agua. Agua». La necesito. A mis labios quebrados y secos les urge sentir la hidratación.

Miro la gran estancia separada por muros blancos mientras me conduce al habitáculo que él desea. No hay cerdos, como he de esperar, pero sí una tipa con pinta de cerda que se encuentra sentada —más bien despatarrada— en un sofá roído ubicado en mitad de la cochinería. Está desnuda, tiene las piernas abiertas, los pies apoyados en el suelo y la conciencia medio perdida. No sé si es causa de drogas o falta de alimento, pero luce lacia, sin fuerzas. Debajo de sus ojos, unos grandes surcos oscuros evidencian su cansancio. Me fijo en la mano que tiene perdida entre las piernas y con la que se toca de una manera casi descompasada, como si lo hiciera por inercia entre duermela y no por placer.

El tipo me lleva hasta ella y en el camino escucho la cremallera de su pantalón bajarse. Cuando quiero darme cuenta,

me encuentro delante de la muchacha rubia, de ojos cerrados, delgada y sucia, tanto como yo.

—Vamos, es tu momento —me exige el tipo, pero no entiendo lo que quiere decir. Al mirar hacia arriba, descubro que se ha sacado la polla por el hueco de la cremallera y se la toca de manera nada delicada, endureciéndola—. Y esmérate, porque lo que saques de ese coño será lo único que bebas.

Con furia, acerca mi cabeza a las piernas de la mujer medio ida y me hace lamerla. Mis fuerzas se renuevan al probar el sabor dulzón de su sexo, que a pesar de lucir tan asquerosamente sucio como ella y como todo lo que nos rodea, sabe rico. Muy rico.

Lo lamo con rapidez, con ansia, con vehemencia; ni él me permitiría hacerlo de otra manera ni yo sabría frenarme para hacerlo lento y delicado.

—Tus manos. Usa tus malditas manos —me exige él con la voz entrecortada debido a las sacudidas que está proporcionándose.

Obedezco y meto dos dedos en su interior a la vez que lamo. La chica gime con resaca y él, no contento con lo que le ofrecemos, presiona mi cabeza contra su coño.

—Más rápido. Así no conseguirás nada y dejaré que mueras de sed.

Aprisa, con furia y buscando mi premio, la masturbo con los dedos y la lamo de una forma casi inhumana. Pero ¿qué es humano en este lugar más que los instintos a los que les damos rienda suelta?

Si sigo comiéndomela así, lamiendo sus labios de esta forma, podré beber de mi propia humedad. Estoy a punto de correrme sin tocarme, tarea de la que parece querer encargarse mi captor, que se coloca detrás de mí y, sin delicadeza ninguna —mejor, porque es lo último que deseo—, se clava en mi interior y comienza a follarme como un salvaje. Con frenesí y sin dejar de apretar mi cabeza contra el coño que ahora es mío.

—Vamos, haz que se corra. ¡Haz que se corra!

Y como si no tuviéramos más opción que obedecer, lo conseguimos ambas: yo lamiendo y ella apretando el sexo de manera estratégica. Entre gemidos entrecortados, la chica se corre. Su humedad es mi bien máspreciado. Cuando la noto salir, la atrapo con mi boca. Si me apresuro, si no pierdo la oportunidad dejándome llevar por la excitación que me produce apartarme para mirarla, puedo beber todo lo que necesito.

Lo hago.

Bebo, bebo y bebo.

Él, detrás, me folla. Los dedos de una mano se clavan en mi cintura con tanta fuerza que podría dejarlos marcados, y con los de la otra me aprieta más y más la cabeza contra el coño que no para de expulsar su placer, tanto que casi me ahogo con la humedad. No puedo beber, gemir y respirar a la vez.

La chica termina de correrse.

Yo me corro.

El tipo rudo se corre.

Y, entonces, la sed desaparece, el hambre desaparece, el éxtasis se esfuma y solo queda un cuerpo desnudo y la suciedad.

La de fuera y la de dentro.

Catrina se despertó, pero no lo hizo sobresaltada. Solo abrió los ojos, con la respiración descompasada y el corazón acelerado.

Pum. Pum. Pum.

Podía sentir cómo golpeaba con fuerza en su pecho, lo que le recordaba un día más que seguía con vida. Se encontraba desnuda, hecha un ovillo en su cama y sudaba como lo había estado haciendo en su pesadilla.

¿Pesadilla?

Todavía se preguntaba si aquellos sueños lo eran. No lo tenía muy claro. Para cualquiera lo serían. Otra persona se despertaría sudorosa y asustada, pero no sudorosa y excitada, o eso pensaba. Después de todo, nadie tenía por costumbre

contar sus deseos más oscuros y ocultos, ¿no? Al menos, ella no lo hablaba con nadie. Sí conversaba con sus amistades de confianza de muchas otras fantasías que le resultaban más comunes, pero no de esos extraños sueños que se convertían en pensamientos que la asaltaban de noche, de día, dormida y despierta, que la obsesionaban, le producían ansiedad y a veces no la dejaban continuar su día a día con normalidad. Esos que disfrutaba plenamente a la vez que la hacían sentir diferente. Un poco enferma.

No había sido de los peores. Había estado en aquella granja decenas de veces. Solo cambiaban las chicas y las escenas lascivas, aunque nunca el captor desconocido ni su excitación. Cuanto más la denigraba, más lo disfrutaba y más deseaba hacerlo realidad. Tarde o temprano, se convertiría en una obsesión si no lo llevaba a cabo.

Sabía lo que tocaba ahora. Sin abrir los ojos en la oscuridad de su habitación, estiró la mano derecha y buscó en el primer cajón de su mesita de noche, en el que —al contrario que casi todo el mundo, que guardaba la ropa interior— tenía sus juguetes eróticos más solicitados.

Pero no estaban. Los había tirado.

«Mierda, Catrina».

Gimoteó al recordarlo a la vez que golpeaba el colchón con un puño.

Aquello iba a ser duro.

Pero ahora no podía preocuparse por lo que llegaría al día siguiente. Lo importante era calmar la quemazón de su entrepierna, y tendría que conformarse con sus dedos. O con el borde de la cama. O con la almohada. Suspiró. Alternativas existían muchas, pero ninguna le serviría más que para un apaño. Sin su arsenal de artillería pesada, podría masturbarse cinco veces, diez, quince y hasta veinte..., que no se saciaría. Nunca lo hacía, en realidad.

La noche iba a ser larga, oscura y pesada. Pero ¿y su futuro?

Tragó saliva.

No había nada más opaco que su maldito futuro.

Perdóneme, Padre...

1

*Bueno es carecer de vicios,
pero es muy malo no tener tentaciones.*
Walter Bagehot

—Indíqueme su nombre completo, por favor.

—Catrina Ortiz Navarro —le respondió con voz suave pero firme mientras ojeaba aquel lugar lúgubre, con olor a madera y sin una pizca de encanto.

Le pareció demasiado grande para el poco mobiliario que poseía. No es que esperara un resort cinco estrellas, pero pensaba que en pleno 2023 el interior de aquellos lugares también habría cambiado. Claro que qué iba a saber ella, si solo los había visto en películas. Se acarició los brazos en busca de calor. Sentada en la silla tapizada sin hacer nada más que pensar en un futuro poco certero, hacía un frío insoportable que le caló los huesos. O aquel frío ya formaba parte de ella y hasta ese instante tan determinante no se había percatado.

—Sus apellidos son españoles y usted también, ¿verdad? —le preguntó la mujer que tenía sentada enfrente, y Catrina supo que lo que le había extrañado era su nombre.

—Lo soy, aunque manejo a la perfección el portugués, entre

otros idiomas. —Le pareció acertado destacarlo, a pesar de ser obvio por su buena pronunciación, por si servía para algo. No estaba en una entrevista de trabajo, pero pertenecer a aquel lugar era su prioridad absoluta. Su mayor necesidad—. Mi nombre es un derivado de Catalina, pero mis padres siempre han sido originales y han querido ver más allá. Significa ‘pura, inmaculada’.

«Menuda ironía», pensó, y contuvo una risilla. Su vida en sí era una ironía. En ese instante más que nunca.

Siempre le había creado curiosidad el significado de los nombres. De una manera u otra, todos tenemos relación directa con el nuestro, y en su caso era su castigo, el recordatorio de que estaba haciendo todo lo contrario a lo que se esperaba.

Iba a galope por el camino incorrecto y disfrutaba enormemente de ello.

‘Impura, sucia’.

Eso era. Ese debería ser el verdadero significado de su nombre.

—¿Edad?

—Veintinueve años.

—¿A qué se dedica?

—A la administración de una fábrica textil internacional.

Observó la estantería lateral colocada a su izquierda. Tenía apariencia de derrumbarse de un momento a otro a consecuencia de la cantidad de archivadores gigantes de color negro y libros antiquísimos que tenía en sus baldas. Estaba tan ladeada hacia la derecha que no habría soportado el peso de un panfleto más. Puede que aquel mueble lo hubiera hecho Jesús en su carpintería siglos atrás. Porque ese señor que estaba enmarcado en la pared y que tenía justo frente a ella fue carpintero en sus inicios, antes de convertirse en nuestro Dios, ¿no? No tenía mucha idea de su biografía, pero tampoco veía apropiado preguntarlo; no si quería quedarse. Ya se lo había dicho su amiga Angy por el camino: que allí tendría que dejar a un

lado su tono mordaz, su característica manera de hablar y esa mala costumbre —aunque a ella le parecía maravillosa— de preguntar por todo.

—¿Y le gusta su trabajo? ¿La satisface?

«Satisfacer...».

Sacudió la cabeza con premura y carraspeó, en busca de las palabras adecuadas, aunque sin intención de mentir.

—No es el trabajo de mis sueños, pero me gusta, se me da bien y me da de comer.

La mujer frunció los labios, tal vez en desacuerdo con la respuesta.

—Su especialidad no cubre ninguna de las funciones que requerimos. Eso no quiere decir que no pueda consagrarse, no me malinterprete, pues toda persona que ha sentido la llamada de la vida religiosa contemplativa tiene el camino hecho hasta nuestro hogar. Es solo que me gustaría saber qué cree que puede realizar para ayudar.

Catrina se frotó las manos por debajo de la mesa, algo nerviosa.

—Me adapto con facilidad a cualquier circunstancia. Se me da bien la cocina y me ayuda a relajarme, así que tal vez sería una buena opción. Puedo realizar cualquier tarea del hogar y... —lo meditó un instante— la lavandería también sería un buen sitio. Sé doblar las sábanas bajeras sin ayuda y las dejo completamente planas, sin arrugas. Lo considero una habilidad bastante útil, la verdad, que no todo el mundo posee.

Empezaba a decir ese tipo de cosas que no deberían decirse en una situación determinante, pero era otra de sus peculiaridades no aptas para presumir en los currículos. Por eso en su trabajo, encerrada en la oficina y sin hablar prácticamente con nadie, evitaba el mal trago de cagarla continuamente.

La mujer asintió solemne mientras lo anotaba todo en un papel que contenía algunas directrices marcadas. Un amontonamiento de folios escritos con letra caligráfica y grande

reposaba a su derecha, en la esquina del escritorio antiguo de madera oscura, e indicaba que cada documento había sido escrito a mano. Estupefacta, ojeó la piedra que hacía la función de pisapapeles.

Hacía unos cuarenta minutos que había entrado en el lugar y parecía haberse transportado a otra década. Una que no le gustaba en absoluto. Estaba demasiado acostumbrada a la comodidad de su ordenador y de esos programas administrativos que le realizaban más de la mitad del trabajo. Acongojada, temió que en cualquier momento entrara alguien a anunciarles una noticia importante escrita en un papiro que desenrollaría teatralmente ante sus ojos.

Por enésima vez, también en cuarenta minutos, se preguntó si aquello había sido una buena idea.

«Da igual si es buena o mala, es que no tienes otra opción», se recordó.

Al menos allí sería diferente. Ingresar era una obligación, no obstante, estaba segura de que la estancia y las estrictas normas la favorecerían con su estilo de vida extremista y la ayudarían a centrarse.

Un carraspeo la hizo volver a fijar su atención en la mujer que se encontraba enfrente. Tendría unos sesenta años, calculó. Se preguntó de qué color sería su pelo, pero el velo no la dejaba avistar ni un solo cabello desordenado. La señora la observaba con la misma curiosidad que Catrina a ella, tanta que había dejado las preguntas a medio completar. De repente, como si se hubiera dado cuenta de que la muchacha había advertido ese detalle, le dio la vuelta al folio, olvidándose de momento del protocolo, posó encima sus dos manos entrelazadas y suspiró despacio.

—Dígame, Catrina, ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí siendo tan joven? Dice haber comenzado a sentir en el fondo de su corazón el llamamiento del amor de Dios, pero ¿sabe por qué desea entregarle su vida a él y así cambiarla para siempre,

despojada de quien ha sido hasta ahora y de todo lo material que ha conseguido? Ya lo sabe..., la fraternidad, la pobreza y la alegría son las virtudes esenciales de nuestro carisma.

Lo sabía. Sobre todo lo de la pobreza y el despojo material. Se lo había dejado todo en casa. Se había pasado dos noches completas ojeando el que ella llamaba El Mueble de las Maravillas: uno cargado de juguetes sexuales, corsés, pinzas para pezones, lubricantes, arneses, cuerdas, vibradores... Había sido capaz de tirarlo todo a la basura. No a la de casa, pues habría sido muy fácil recuperar la mercancía, pero sí al contenedor del barrio aledaño. No quería pensar de cuánto dinero se había desprendido, de cuántos orgasmos, de cuántos recuerdos lujuriosos...

Inspiró con profundidad, sin evitar cerrar los ojos para centrarse únicamente en la función de responder con toda la sinceridad posible, pero sin entrar en materia. Si aquella señora supiera en realidad quién era ella y por qué se encontraba sentada en esa silla, puede que le diera un infarto repentino. También vio probable que la echaran de allí con una ceja abierta a causa de una pedrada del casero pisapapeles. No creía que la señora hubiera reaccionado de otra forma al enterarse de que tenía al diablo delante, entre las paredes de su sagrado convento, sentada frente a su Dios y asegurando haber recibido una llamada de la que solo había oído hablar por Internet. Llevaba dos meses empapándose de términos, vocabulario e información sobre las Clarisas, y le seguía pareciendo un mundo paralelo del que jamás habría formado parte de manera voluntaria.

Cogió aire y decidió contarle una verdad a medias:

—No me gusta quién he sido hasta ahora, o quizá sí, pero eliminando una parte de mí de la que solo aquí podré desprenderme —se limitó a explicarle—. Mi juventud no determina nada más que las ganas de cambiar mi futuro lo antes posible, y quiero entregar mi vida a Dios, despojándome de todo, porque si no lo hago me perderé por completo.

Sor Lucía, que así se había presentado la mujer al inicio de la entrevista, pareció sorprendida por esa respuesta, en apariencia poco premeditada pero en realidad ensayada hasta la saciedad.

Si Catrina hubiera sumergido el puño en su pecho y hubiera arrancado de él la definición real, le habría dicho que era fuego, uno intenso, colorido y profundo. Ese fuego poderoso, de llamas inmensas, que arrasa con el bosque a su paso sin importarle la destrucción. Le habría contado que todo el mundo quiere apropiarse de él, dominarlo y apagarlo, pero nadie se atreve a amarlo en su estado natural, porque es predecible y quema. ¿Quién en su sano juicio se atrevería? Y le confesaría que asustaba sobremanera ser consciente de esa realidad: de que nadie la amaría jamás de la forma pura y deliberada que se ama al agua, al aire o a la tierra. Sabía de sobra que el fuego era el elemento más deseado y temido a la vez.

—Es innegable que es una mujer muy bonita y joven con aspecto de querer disfrutar de la vida que se le ha ofrecido fuera. —Al parecer, ser guapa en un convento era un impedimento para la fe—. Pero no negaré que me da la sensación de ser alguien con las ideas claras y el verdadero deseo de pertenecer a nuestra vida consagrada.

La aludida asintió mientras una sonrisa leve aparecía en sus labios. En el fondo, nunca pensó que podría ser una realidad, que ella, precisamente ella, pudiera estar allí.

—Tengo las ideas claras —confirmó.

—Bien. Haremos algo, Catrina. —Cogió con delicadeza la ficha de datos, alzó la piedra gris con la otra mano y la incluyó en su lista de papeles apilados. De un movimiento mecánico, volvió a colocar la piedra en su lugar—. La invitaremos a nuestra experiencia. Se quedará un tiempo de prueba como novicia. Un mes, quizá dos, dependiendo de cómo se adapte. Conocerá a las catorce hermanas que formamos este hogar entre la abadesa, hermanas y novicias, el convento, la iglesia

lindante y nuestras costumbres. Y si después de ese periodo sigue teniendo claro que este es su lugar, será bienvenida para quedarse de manera permanente. Siempre que el padre Adrián así lo apruebe, por supuesto.

Se tensó en la silla. Notó la densidad sobre sus hombros y el pellizco inconfundible en la boca del estómago. No le cogía de sorpresa, sabía de la existencia de aquel cura —para eso estaba allí principalmente—, pero no esperaba que aquel hombre tuviera que interferir para nada en la decisión sobre su estancia.

—¿El... padre... Adrián? —Carraspeó e hizo el esfuerzo titánico de serenarse—. Tenía entendido que en el convento solo residen hermanas.

—Es regentado por nosotras, sí, pero con la supervisión de los sacerdotes que viven en el monasterio. No sé si lo ha visto conforme entraba en el pueblo. Habrá comprobado que es pequeñito, muy pequeñito, y que quitando las cuatro calles que lo forman, la mayor parte lo componen este convento, la iglesia que está justo aquí al lado y el monasterio.

Asintió, pero omitió decir que creía que el monasterio estaba más alejado, que creía que cualquier atisbo de tentación estaría fuera de su alcance.

¡Maldita sea, para eso estaba allí, entre paredes grises y húmedas, rodeada de mujeres, a punto de colocarse un hábito y despojada de cualquier bien material! «No seas estúpida, en este pueblucho de cuatro calles no puede quedar nada lejos, ni siquiera la tentación». Y había visto al padre Adrián. Sabía que tenía el rostro del pecado. Que era el pecado, en realidad, aunque estuviera metido entre paredes santas.

Alzó la cabeza al descubrir que sor Lucía seguía hablando, aunque no sabía sobre qué tema, porque no estaba escuchándola.

En un momento dado, la mujer se interrumpió:

—¿Todo bien, Catrina? ¿Le ocurre algo? Se ha puesto pálida.

Pálida, nerviosa y asustada, mejor dicho, pero la muchacha le sonrió con toda la entereza que consiguió reunir y asintió despacio.

—Todo bien. Solo estoy emocionada y un poco nerviosa. Enfrentarme a lo desconocido me... abrume. —Cogió aire para intentar hablar con más soltura de la que estaba mostrando—: Vengo acompañada por una amiga. ¿Sería posible despedirme de ella antes de ingresar?

Sor Lucía sonrió.

—Voy a permitirme la licencia de tutearte, novicia. —La última palabra rebotó en el estómago de Catrina en sentido ascendente hasta llegar al pecho, porque indicaba que había ocurrido, que ya era real—. Creo que lo mejor será que te tomes el tiempo que necesites con tu amiga y disfrutéis juntas de nuestro hogar, que como ya te he dicho no es muy grande pero sí bonito. Puedes regresar con calma cuando quieras y todo estará preparado para tu ingreso.

La mujer se levantó.

—Gracias, sor Lucía. Así lo haré.

Catrina vaciló ligeramente mientras se ponía de pie también, y la monja le sonrió con calidez, como si supiera exactamente qué pensamiento turbaba a la nueva integrante, como si supiera que le había extrañado la libertad otorgada para entrar y salir, para decidir cuándo hacerlo. Como sospechaba que eso era justo lo que se le pasaba por la cabeza, se apresuró a subrayar:

—A la vuelta conocerás a las demás y te informaremos de todo lo que debas saber. Ahora, ve al encuentro de tu amiga. Recuerda que esto no es una imposición, sino una elección. Una llamada recibida y aceptada. Tú has acudido a nosotras y nosotras seremos tu lugar, pero podrás elegir libremente si tu deseo es estar en otro distinto. También recibirás visitas y podrás divertirte fuera del convento. A diferencia de otras hermanas que han elegido la clausura para envolverse del clima

de recogimiento, silencio y oración, Jesucristo nos invita a las Clarisas a ser libres desde la pobreza franciscana, a tener el corazón enamorado del Señor, viviendo la castidad, y a cumplir su voluntad a través de la obediencia, compromisos que definen nuestra pertenencia total a Dios.

Castidad.

La palabra se le hacía bola. No creía haber sido casta ni en el día de su comunión, que de hecho fue la última vez que pisó una iglesia con un objetivo religioso. Las demás, para la boda o el bautizo de algún familiar o conocido, aunque siempre había sido más de esperar en la puerta a que la ceremonia terminase mientras se fumaba un cigarro.

Catrina salió del despacho con olor a madera antigua sintiéndose peor que cuando entró. Hacía unos veinte minutos tenía claro que aquello era una secta, un grupo de comecocos capaz de convertirme en lo que quisieran, pero no se le había pasado en ningún momento por la cabeza la idea de que pudiera ser un lugar de salvación para un alma perdida que llegara *motu proprio*; que no era su caso.

Ella tenía una misión.

Dos, en realidad.

Una se trataba de salir del infierno en el que llevaba vi-
viendo demasiados años, y la otra de desenmascarar al diablo
que lucía la sotana y se hacía llamar padre. Pero infierno y
demonio siempre van de la mano.

Y no nos olvidemos de que Catrina era fuego.

2

El celibato es la peor forma de autoabuso.
Peter de Vries

Cuando salió al patio exterior por el que había entrado, Angy se puso de pie al verla, abandonando el banco de hierro en el que había estado sentada todo el tiempo que su amiga se había ausentado con sor Lucía en el interior. La miró con los ojos muy abiertos, a la espera de algo, un gesto o una palabra que le diera información. Catrina le sonrió débilmente y asintió despacio, confirmándole que la habían aceptado. Angy suspiró aliviada. Tuvo que aguantarse las ganas de dar un saltito de emoción y se recordó que tenía que comportarse en aquel lugar.

Cuando salieron del convento y la monja, tras despedirse, cerró la puerta a sus espaldas, Catrina miró al cielo e inspiró con fuerza toda la cantidad de aire que encontró para llenar sus pulmones. Después, despacio, lo soltó. Cuando miró a Angy, esta ya la esperaba con una sonrisa.

—Lo has conseguido.

Catrina asintió despacio.

—Pero ¿a qué costo?

—El de la libertad, Catrina, el de la libertad... No será fácil, pero creo que nada que merezca la pena lo es. Puedo intentarlo

yo también y acompañarte. Ya te he dicho muchas veces que esto es responsabilidad de ambas y no solo cosa tuya.

La muchacha de cabello negro y ojos del mismo color intenso negó con vehemencia.

En silencio, comenzaron a caminar hacia el muro que tenían enfrente, desde el cual se veía una estampa preciosa y única de la ría Famosa y del mar. Era una imagen inmensa, brillante, embaucadora y silenciosa. Un paraje natural precioso, tan idílico que cualquiera pagaría por vivir allí, por verlo aunque fuera de vez en cuando. Sin embargo, a Catrina, en aquel momento, le parecía pequeño, mate, agobiante y ruidoso; aunque nada tenía que ver con la estampa, sino con su interior, formado por caos, caos y más caos, mezclado con un poco de miedo y la incertidumbre de no saber cómo concluiría todo aquello.

—Si ingreso, no estarás sola —insistió Angy.

—Lo primero, no tenemos por qué pringar las dos; con una que se sacrifique ya es suficiente. Lo segundo, te necesito fuera para informarme y pasarte información. Y lo tercero es que, en el fondo, creo que esta locura de plan me ayudará, pero para eso debo hacerlo sola. Tenerte dentro no me haría bien. No te ofendas —se apresuró a decir cuando vio cómo Angy movía exageradamente su media melena rubia para mirar hacia la izquierda y la enfocaba con los ojos muy abiertos—. Pero perteneces a mi caótica vida, Angy, y aunque seas el desastre más bonito que poseo de toda esta mierda que me envuelve, no creo que sea buena idea tener cerca a nadie que conozca.

—Conoces al cura —le recordó con cierto desdén, fingiendo un enfado que no sentía.

Catrina asintió a la vez que buscaba aire. El recuerdo de aquel hombre de ojos verde aguamarina la asaltó sin contemplaciones.

—Sí, lo conozco —apenas lo suspiró.

—¿Crees que él te reconocerá a ti? De hacerlo, todo esto se irá a la mierda.

—No —le aseguró convencida.

—¿Cómo estás tan segura?

Soltó una risita irónica mientras contemplaba a Angy.

—Tú estabas aquella noche allí. ¿Te acuerdas de él?

—No.

—¿Por qué?

—Porque iba hasta el culo de todo, Catrina. No me acuerdo ni de cómo llegué a mi casa. Y probablemente haya olvidado lo que sucedió los siguientes cuatro días.

—Pues supongo que al curita le ocurrió lo mismo.

—Fíjate, quién iba a decirte que un día os rencontraríais en el Algarve, a kilómetros de casa y entre cruces que nada tienen que ver con la de San Andrés¹.

Ambas rieron.

—La misma persona que hace unos años, o tal vez unas semanas, me aseguró que iba a ingresar en un convento como novicia.

—Serás la monja menos santa que haya pisado ese suelo sagrado. —De un cabeceo, señaló la iglesia que tenían justo a su espalda—. Lo mismo las losas se levantan a tu paso.

Catrina le chocó el hombro con el suyo, riendo y para nada ofendida. Tenía razón.

—Si contamos las horas que he estado atada a una cruz, puede que le haya ganado a ese tal Jesucristo.

—Principiante...

Ambas soltaron una risita, pero se conocían lo suficiente para saber que estaban igual de nerviosas. La chica del pelo rubio casi plata, que siempre hablaba con sorna y decía cosas poco serias, se deshizo de la sonrisa poco a poco y la miró. Reunió el aire que necesitaba, exhaló con fuerza y le dijo:

—Saldrá bien. Te librarás de la condena, de todas las condenas —rectificó—, y saldrás siendo la persona que eras antes de todo esto.

¹Pieza común del equipo en mazmorras BDSM. Es un mueble erótico que normalmente proporciona puntos de sujeción para tobillos, muñecas y cintura. Cuado se sujeta a una cruz en X, el sujeto queda inmovilizado.

—Eso espero. Aunque no estoy tan convencida como tú, la verdad. —Le sonrió para intentar restarle importancia a su gesto de preocupación—. ¿Algún consejo antes de partir?

Angy lo meditó un momento antes de decirle:

—Sí. Que no seas tú.

Volvieron a reír.

—Gracias, amiga —ironizó Catrina.

—No seas la *tú* de ahora, quiero decir, sino la Catrina de antes.

—Como si fuera tan sencillo.

Sin pesadillas. Sin sexo. Sin sumisión. Sin marihuana. Sin esos pensamientos que aparecían como un rayo y la atravesaban. Había aprendido a no luchar en contra de ellos; tarea sencilla en su mundo repleto de hombres dispuestos a hacer sus deseos realidad, pero no allí, rodeada de mujeres y sumida en el celibato.

—Esa muchacha está en algún lugar dentro de ti, solo es cuestión de localizarla. Y lo que está claro es que no vas a conseguirlo si sigues con los pésimos métodos de búsqueda de estos últimos años.

La aludida suspiró mirando al frente. El soplo de aire se perdió entre la suave brizna que les mecía el pelo. Se preguntó dónde habría ido a parar cada exhalación, cada gramo de culpa que había acumulado a lo largo de los años.

—Lo intentaré.

—No, no lo intentarás; lo harás. Júramelo por Dios. —Fue un intento de burla que funcionó, porque Catrina rompió en una carcajada.

—¿Sabes que jurar por Dios en falso está considerado peor que matar a un hombre?

Angy se santiguó con rapidez. Y lo hizo mal, por cierto.

—Deja de hacer el tonto —le espetó Catrina, dándole un codazo para que parara de repetir el gesto de la cruz al contrario—. Alguien puede vernos y tomarlo como una ofensa.

En un acto reflejo, miró por encima de su hombro hacia el pequeño convento, como si de verdad hubiera notado una mirada.

—Pues asegúrame que lo harás.

—Lo haré —adjudicó convencida, y Angy asintió mientras relajaba los brazos y dejaba de hacer aquel movimiento repetitivo que tocaba un hombro, otro, la frente y su pecho.

—Y ahora vamos a comer en uno de los dos bares que he visto en Google que hay en el pueblo y a disfrutar del tiempo que nos quede juntas. ¿Algunas palabras antes de cambiar tu vida? Porque algún día las recordarás como lo último que dijo la mujer que eras antes, asomada a este bonito paisaje que después te cambió el rumbo, aunque en ese momento no lo supieras.

Catrina negó con diversión, pero aprovechó el momento que le brindaba.

—Más bien, tengo una pregunta que hacerte.

—Adelante. —Angy le hizo un gesto con la mano para darle paso a su inquietud.

—¿Por qué estás aquí? ¿Por qué te quedas siempre? Perteneces a mi mundo de dudosa legalidad, pero a diferencia de toda esa gente que nos acompaña continuamente, sigues a mi lado cuando se evaporan el sexo, la música y las drogas. ¿Por qué...? —Carraspeó cuando se le atravesó en la garganta la verdadera pregunta que deseaba hacerle—: ¿Por qué eres mi amiga, Angy?

No había diversión en los ojos de Catrina, ni doble sentido o algo por el estilo. Ellas siempre se decían las verdades escondidas entre las bromas porque se consideraban demasiado cobardes para decirse que se querían. Podían compartir cualquier cosa: personas, pensamientos obscenos o fluidos, pero nunca sentimientos.

—Porque eres genial. Eres amable y bondadosa, quieres a los tuyos y permaneces a su lado.

—Pero soy caos. Y el caos gusta momentáneamente, como la adrenalina. Después, todo el mundo quiere volver al hogar en calma, a los cajones ordenados, a la estancia limpia.

Y en su interior, nada estaba en calma, todos los pensamientos eran una sucesión desordenada y se sentía sucia, terriblemente sucia; aunque, a decir verdad, no se martirizaba demasiado por ello. Era como esas personas que viven entre suciedad: al principio molesta, porque a todo el mundo le gusta el olor a limpio y las cosas en su lugar, pero terminas acostumbrándote. Ella estaba acostumbrada a apestar por dentro.

Angy le sonrió.

—Eres caos contigo. Eres amable, bondadosa y permaneces junto a los que amas aunque te dañen —le recordó—, pero se te olvida ser todo eso contigo misma y ahí llega la vorágine. De todos modos, siempre hay desbarajustados como yo que encuentran bonito el orden dentro de su desorden.

Catrina solo asintió, mostrándole una sonrisa afable. Le habría encantado guiarse por su impulso y abrazarla con fuerza, darle las gracias por quedarse siempre y por quemarse juntas en ese fuego intenso que desprendía. El que en realidad era. No obstante, se mantuvo allí, estática, mirando el suave vaivén de las olas mientras pensaba en lo fácil que habría sido besarla en la boca, o hacerle una broma sexual, o tocarla entre las piernas con lascivia. Y sin embargo le resultaba imposible decirle a su amiga que la quería, que era lo mejor que tenía en la vida y, posiblemente, lo único bueno.

La tristeza y la vergüenza la arrollaron.

Habían pasado horas cuando la robusta puerta del convento se abrió para Catrina. A esas alturas de la tarde estaba sola, despojada de todo. Angy le había dado las indicaciones oportunas que necesitaba, dónde le había dejado el móvil con el que podía ponerse en contacto con ella y el kit de emergen-

cias. Se había despedido y estaba a unos metros de distancia, dentro del coche y con el motor encendido, aunque sabía que no se marcharía hasta verla cruzar el umbral. Dejó de mirarla cuando una voz dulce la saludó.

Al otro lado y todavía sujetando la puerta, la recibió una muchacha joven, puede que un poco más que ella. Vestía el común hábito gris y una sonrisa que encandilaba. Le dio buena impresión desde el primer momento. Vio en su mirada de color cielo un halo de pureza que escaseaba en el mundo en el que ella vivía, que parecía otro totalmente ajeno al que ahora tenía delante.

—Debes ser Catrina. —Ella asintió mientras entraba, aceptando la invitación que había visto reflejada en la mirada de la chica—. Yo soy Telma. La hermana Lucía me ha enviado a recibirte para mostrarte el convento, resolver tus dudas y llevarte a nuestra habitación antes de la cena.

—¿Somos compañeras de habitación? —le preguntó con preocupación mientras se internaba en el patio. No le gustaba dormir acompañada, pero debía comenzar a entender que aquello no se trataba de lo que ella quisiera o no.

La muchacha asintió, sonriente.

—Somos las únicas novicias, por el momento, y han decidido ubicarnos juntas. Apenas llevo un mes aquí, así que estará bien aprender a la vez. Lo primero, si te parece, será mostrarte el lugar. Como pasaremos por la lavandería, allí nos haremos con tu hábito. La hermana debe tenerlo listo. —Comenzaron a caminar por uno de los pasillos que bordeaba el patio—. Tu ropa no estaba preparada porque no sabíamos si te quedarías justo tras la primera reunión, y como soy la única con un hábito diferente al de las hermanas y no compartimos talla...

Se dio cuenta de cómo Telma la observaba de soslayo. La mirada de la muchacha recayó sobre sus caderas, voluminosas debido a la genética y al buen comer, a pesar de haberse mostrado recatada en su vestuario. El pantalón vaquero no podía

ocultar sus caderas ni sus piernas bien formadas, así como la camiseta básica, oscura y de manga corta no tapaba su pecho pequeño pero muy firme que había tenido a bien disimular con un sujetador, algo con lo que estaba en total desacuerdo. Catrina odiaba esa prenda atosigadora que encerraba sus tetas en una miniprisión. No las tenía tan grandes para ser sujetadas —tampoco entendía por qué demonios debía sujetar nada, si su naturaleza era caer—, pero se le marcaban los pezones, y no le pareció buena idea intentar ingresar en un convento con los botones como timbres.

El lugar lucía antiguo y bastante conservador a cada golpe de vista: suelos de ladrillo rojizo, paredes alicatadas de azulejos variados y columnas de mármol. Constaba de un patio exterior, central y cuadrado, rodeado de salas como en la que había estado reunida durante más de veinte minutos con sor Lucía. Una escalera lateral accedía a las habitaciones, que se encontraban en la parte superior y las cuales vio de manera fugaz al alzar la vista mientras la novicia la conducía hacia la lavandería.

—Aquí abajo hacemos vida —le explicó Telma—. Alrededor del patio se encuentran la puerta que lleva al dispensario donde vendemos los dulces, el obrador, la sala de confección, la pequeña lavandería, el despacho de la abadesa y la recepción.

—¿Recepción? —preguntó curiosa, sin dejar de mirar alrededor y consciente de la calma que las rodeaba.

Telma asintió con esa sonrisa que parecía no desaparecer de sus labios.

—Sor María Fátima se ocupa de ella, tanto de manera presencial como por teléfono. Vienen donantes, compradores para encargar dulces y sobre todo para los pedidos de confección. Las hermanas destacan por su buena mano realizando ropajes religiosos para sacerdotes, para nosotras e incluso restaurando ropa. También hay muchos pedidos para la Semana Santa de Andalucía. Eres de allí, ¿verdad?

Catrina asintió, sin dar más detalles.

—Vaya —susurró sorprendida—. Pensaba que este era un lugar tranquilo.

La muchacha soltó una risilla.

—No hay tanto ruido como en el exterior, ni prisas ni preocupaciones. No vivimos al margen, pero digamos que es... otro mundo. Uno mejor. Hay tareas, claro, y organización entre la familia de hermanas para poder llevarlas a cabo, pero trabajamos para comer y vestarnos. Nos desprendemos de todo el consumismo que existe ahí fuera. —Señaló con la cabeza la puerta por donde habían entrado y después miró a Catrina con los ojos brillantes de emoción—. Hacemos el bien. Ayudamos y somos ayudadas. Peregrinos, personas necesitadas, vecinos del pueblo o de los alrededores... Entre nosotros mismos hemos construido una familia y nos cuidamos con mimo. La familia de Dios.

Catrina le sonrió afable, sin embargo, en su mente se veía con los ojos en blanco y a punto de vomitar. No es que no creyera en el bien; es que siempre había estado rodeada del mal. Y tenía que existir un poco de todo por aquello del equilibrio, ¿no? En su mundo, el de la noche, existían los amigos de drogas, fiestas y sexo, existía el dinero y el interés supremo por este y no se veía idolatrando algo que no fuera lo que solucionara su vida.

—¿Qué crees que puede dársete bien? —le preguntó Telma, quien había estado hablando sin ser escuchada—. ¿Lavandería, obrador, cocina...? La limpieza la realizamos entre todas, pero en lo demás, aunque a veces se turnen, suelen haber tareas propias para cada hermana.

Catrina se encogió de hombros.

—Me adapto a cualquier situación. Eso sí, soy bastante torpe. Muy torpe. —Se rio y Telma la imitó.

—No será para tanto.

—Lo es. —Asintió convencida—. Puedo hacer cualquier

cosa, da igual su dificultad, pero siempre romperé o derramaré algo en el proceso.

—No lo aparentas —comentó la muchacha.

Catrina suspiró para sus adentros. No, no lo aparentaba y ella lo sabía. Aparentaba ser una mujer fatal, esa a la que mantenerle la mirada se convertía en un reto. La creían capaz de todo. Fuerte. Indestructible. Altanera. Tal era así que cada batalla había tenido que librarla sola, sin ayuda de nadie, porque todo el mundo la consideraba capaz de cualquier cosa.

Había deseado tantas veces ser un poquito más humana, más débil y estar respaldada...

—¿En qué lugar trabajas tú? —cambió de tema.

Dejaron el patio atrás y se internaron en un pasillo más estrecho que llevaba a la lavandería. Desde su ubicación, podía oler el vapor de la plancha mezclado con un agradable aroma jabonoso que le recordó a su abuela en la parte posterior de la casa de campo, cuando colgaba la ropa sobre una cuerda atada a dos árboles, situados uno frente al otro.

—Sobre todo en la cocina, aunque estoy donde me necesitan. Soy como la chica de apoyo en este momento, y me encanta porque aprendo de todo un poco y nunca se me hace monótona la tarea. Tal vez la abadesa decida darte las mismas funciones. Es una buena manera de conocer a todas las hermanas y aprender cada oficio.

—Me gustaría —reconoció, entrando en la pequeña lavandería. Si se le daba algo mal, no se notaría tanto porque estaría rotando de una tarea a otra.

El lugar era mucho más pequeño de lo que creía. Una habitación rectangular y alargada. La pared izquierda contaba con dos planchas industriales que colgaban del techo y otras dos normales, colocadas sobre unas tablas al uso. Había tres lavadoras al final de la estancia y lo que le pareció una secadora. En el lado izquierdo, estanterías con ropa doblada encima, toda de colores sobrios.

—Te presento a la hermana Angelinia. —Telma señaló a la monja que salía en ese momento de un pequeño habitáculo que no había logrado ver al fondo de la habitación—. Es la encargada principal de la lavandería. Siempre está aquí.

Una mujer negra, con gafas y de unos sesenta años salió con un tarro gigante de jabón que dejó en el suelo antes de sacudirse las manos y acercarse a ellas.

—Tú debes ser Catrina, la nueva novicia. —La nombrada sonrió—. Bienvenida, hermana.

Se quedó estática cuando la mujer la abrazó. No hubo dilación en su acto, solo se acercó sonriente y la rodeó con sus brazos. Catrina miró a Telma, que con las manos por delante de su cuerpo sonreía ante la imagen, así que no tuvo más remedio que dejarse llevar. Subió los brazos despacio y la rodeó con ellos. Notó cómo le traspasaba su incomodidad a la tal Angelinia, pero la mujer no dijo nada; únicamente alargó el abrazo unos segundos y al fin se apartó, todavía sonriente.

—Encantada —le dijo Catrina, un poco desubicada.

—Bienvenida, muchacha. Espero que aquí encuentres lo que desees. Y si no lo haces, siempre puedes pedirnos ayuda. Estamos para lo que necesites. ¡Eso sí! Espero verte pronto por aquí.

—No creo que la abadesa tarde en hacerla venir —comentó Telma por lo bajo, y ambas rieron.

—Ven, te daré tu hábito.

Angelinia se recolocó las gafas y caminó hacia la mitad de la estantería, donde se encontraban los hábitos. Había un montoncito de ropa perfectamente planchada. Solo ese montón y el de al lado eran de color gris. Los demás eran de color tierra, como el que la hermana Angelinia, al igual que sor Lucía, llevaba puesto. Había leído en alguno de los innumerables artículos de los que había sacado información que las monjas de la Segunda Orden de San Francisco lo llevaban marrón como el de los monjes porque, al parecer, San Fran-

cisco tenía fascinación por las alondras, ya que eran aves muy austeras y tenían una especie de capucha como los religiosos. Pero también podían ser grises, como el hábito que él usaba. Al descubrir que Telma y ella eran las únicas con las túnicas grises, dedujo que las diferenciaban los rangos.

—Aparte de sandalias, te daré dos hábitos, pero pronto tendrás más. Los cambiamos cada dos, tres o cuatro días aproximadamente, dependiendo de la circunstancia y de la suciedad, y siempre los traerás aquí. —Señaló el cuartito por el que había salido hacía un par de minutos—. Ahí están los recipientes de la ropa sucia. Ahora, yo solo te lo entregaré, pero será la abadesa quien te indique las instrucciones a seguir antes de ponértelo, ¿de acuerdo?

—¿Instrucciones? —la cuestionó sin entender.

—No hablamos solo de ropa, novicia.

—¿Y de qué hablamos, entonces? —quiso saber, aunque temió haber sonado déspota y no solo curiosa.

—De tu consagración con Dios. Es un gran momento.

—Consagrada en la virginidad para ser exclusivamente esposa de Cristo —intervino Telma, y soltó la verborrea como si se la supiera de memoria, que así debía ser—: Es tu deber apartarte de otros pretendientes y amantes. Pasas del mundo al claustro para estar siempre bajo la mirada de Dios y únicamente gustarle a Él por la pureza y la intensidad del amor.

Catrina tragó saliva. Virginidad, pretendientes, claustro, pureza... Las palabras se le arremolinaban en la mente, y tal vez un poco en el estómago. De hecho, tuvo ganas de vomitar, como si ahora, justo en ese momento, hubiera sido consciente de la realidad. De su realidad.

Ella era todo lo contrario a lo que habían definido.

Jodidamente lo contrario.

¿Entregarse únicamente a Dios? Dios no follaba, y esa era su mayor necesidad. ¡Ni siquiera creía en ese ente todopoderoso!

Angelinia movió el velo delante de sus ojos y comenzó a explicarle:

—El velo es para nosotras una clausura dentro de la clausura. Somos hermanas, pero también vivimos de una manera... reservada.

—¿No es un poco opresor? —expuso sin apenas darse cuenta. Hablaban sus nervios, no ella. Y cuando se ponía nerviosa, decía estupideces; muy acertadas en la mayoría de las ocasiones, pero estupideces al fin y al cabo.

Ambas la miraron con los ojos muy abiertos, como si hubiera mencionado al anticristo.

«Eliminar la palabra *opresión* de tu vocabulario, pedazo de bocazas», se anotó mentalmente.

—No es una costumbre para nada opresora —defendió Angelinia con voz tranquila—. Es apreciado y devoto por nosotras. —Para sorpresa de Catrina, la mujer besó la tela que tenía en la mano derecha—. Lo besamos cada vez que nos lo ponemos y nos lo quitamos.

—¿Por qué? —preguntó sin querer parecer espantada. Que lo estaba.

—Nos aparta de distracciones y nos ayuda a tener la mirada del corazón más directamente hacia Dios, en la contemplación de su rostro siempre deseado y cercano.

«Por el amor de Dios, nunca mejor dicho, Catrina..., ¿dónde coño te has metido?».

—Además, también nos esconde de nuestro propio esposo.

—Que es... Cristo —intuyó.

Ambas mujeres asintieron, sonrientes.

Pensó en una secta, una absorbente y peligrosa, y la regurgitación la atacó de nuevo. Pero después recordó su vida actual, que se asemejaba bastante. Era una esclava, de su cuerpo y de su mente, así que, ¿qué más daba en Portugal que en Sevilla?, ¿qué importaba en un piso de sesenta metros moderno y solitario o en un convento antiguo y frío?

—Y, por último, el cordón de tres nudos. —Telma se hizo con el cinturón, que también estaba colocado sobre el hábito doblado a la perfección, y se lo mostró—. La madre abadesa te lo explicará con más claridad, pero representan los votos de castidad, obediencia y pobreza.

Catrina asintió, porque de eso ya le había hablado sor Lucía.

Con el hábito ya en la mano y fingiendo haberlo entendido todo, se despidió de la hermana Angelina y se dejó conducir por Telma hacia el exterior. Iba explicándole que los términos *monja* y *hermana* no significaban lo mismo, aunque la gente los confundiera. La primera vivía en el claustro, al margen de la sociedad, y la segunda enfocaba su vida de una manera más liberal, entrando y saliendo del convento y ayudando al prójimo en todo lo posible. A Catrina le daba igual, para ella todas eran monjas y así seguirían siendo, aunque no lo dijera en voz alta, y, en realidad, entre ellas mismas no hacían diferencia a la hora de los términos.

En eso iba pensando cuando chocó con algo. Fue repentino e inesperado. No lo vio venir porque iba mirando hacia el suelo, repasando el desgaste de los ladrillos rojizos. Le dio la sensación de hacerlo con un muro y, para su vergüenza, soltó un gritito mientras caía. El hábito, esa prenda tan sagrada y que significaba tantas cosas, salió volando hacia delante a la vez que su culo se estampaba de manera brusca en el suelo. Lo primero que hizo fue llevarse la mano al pómulo derecho, que era lo que más le dolía, aparte de la dignidad.

Su primer rezo en aquel convento lo realizó para pedir que no se hubiera partido la cara delante de nadie.

—¡Oh, Catrina! —exclamó Telma, que se agachó corriendo a ayudarla.

—¿Está bien? Perdona, no la había visto —se disculpó con pesar una voz masculina.

Al alzar la mirada, se encontró con su objetivo y, a la vez, su mayor temor.

Perdóneme, Padre...

Perdió la respiración en el instante en el que aparecieron aquellos misteriosos ojos, que le recordaron al Lago Verde de Lanzarote, ese en el que se sumergió desnuda en una ocasión. A pie del lago había una playa de arena negra. Era espectacularmente bonita, pero de gran riesgo, ya que daba al norte geográfico de la isla, donde el mar es muy peligroso y traicionero.

Así era el padre Adrián, o al menos eso le pareció: peligroso y traicionero, como aquel mar al que le aconsejaron meterse solo bajo supervisión.

«Y aun así te metiste, sola y desnuda», se recordó.

Y por un momento se olvidó de que hablaba del lago.

Perdóneme, Padre...



*La pobre no sabía que lo mejor
de la santidad son las tentaciones.*

Ramón María del Valle-Inclán

—¡Vaya caída, muchacha! —exclamó una voz grave pero bonachona.

Mientras se levantaba con ayuda de Telma, Catrina desvió la mirada hacia el otro hombre que acompañaba a la roca contra la que había chocado. Amablemente, este se encargó de recoger la ropa que había caído esparcida por el suelo. Catrina solo le dedicó una mirada apresurada, con la que comprobó que parecía tener unos sesenta y muchos años y que era de la misma estatura que su acompañante, aunque físicamente no tuvieran nada que ver. De hecho, se preguntó cómo pertenecían a la misma especie.

De nuevo, centró su atención en el hombre de ojos verdes, que la contemplaba con fijeza. Parecía sentir deseos de tocarla y ayudarla por él mismo, pero era evidente que el contacto entre hombres y mujeres estaba prohibido.

No llegaba a los cuarenta años. Si no recordaba mal, tenía treinta y ocho. «Demasiado joven para ser sacerdote y entregar su vida a Dios», pensó. Y demasiado perverso para encontrarse en aquel lugar predicando la palabra del Señor.

Ella lo había escuchado mencionar otras palabras, órdenes más bien, y nada tenían que ver con el mensaje de amor. Era alto y corpulento. Iba entero vestido de negro, pantalón y camisa, y la sotana blanca le daba el toque de gracia. El pelo castaño y corto lucía desordenado, como si solo hubiera pasado los dedos para domarlo lo suficiente, y aun así cada uno de esos mechones castaños parecían colocados a la perfección sobre la frente para acrecentar su atractivo. ¿Era posible que algo acrecentara la belleza de semejante adonis? Lo era. Semejante adonis desnudo, sin camisa, pantalón ni sotana. Sin aquella máscara que parecía ocultar su verdadero yo.

—¿Está bien? —le repitió.

—Sí, sí... Estoy bien. —Recogió el hábito que el otro hombre le entregaba y asintió en su dirección para darle las gracias—. Lo siento, soy un poco torpe y tengo la mala costumbre de mirar al suelo mientras camino —consiguió decir, esta vez dirigiendo la mirada al tipo de mandíbula marcada y barba de dos días perfectamente recortada.

Se preguntó en ese instante qué harían con su pelo. Había leído que en algunos conventos lo cortaban muy corto, a todas por igual, para que no hubiera diferencias entre hermanas que las llevaran a la comparación. Contuvo el aire. No quería desprenderse de su larga melena negra. Era una seña de identidad. Su madre nunca se la cortó de pequeña y ella había mantenido la costumbre, saneando únicamente las puntas cuando era necesario.

—No diga eso, la culpa ha sido mía. Venía hablando con el padre Pedro y...

La miró a los ojos con detenimiento y las palabras bailaron en el aire. Catrina fue consciente de cómo fruncía el entrecejo de manera casi imperceptible. Nadie que no hubiera estado analizando cada gesto se habría percatado. Pero ella sí, porque estaba haciendo justo eso, y porque le era necesario descubrir si, como sospechaba, la había reconocido.

El padre Pedro carraspeó, consciente de que Adrián se había quedado traspuesto; pensó que a causa de la belleza de la muchacha. Era viejo y santo, pero no ciego, y sabía reconocer cuándo el corazón se le aceleraba a causa de la tentación. Si a él, a sus sesenta y nueve años le había vibrado el cuerpo con semejante mujer, qué no habría conseguido sacudir en un hombre que gozaba de juventud y castidad.

—Hermana Telma —convino oportuno intervenir—, ¿quién es nuestra visitante? He visto que era un hábito lo que se ha caído, ¿acaso se trata de una nueva novicia?

Telma asintió, y Catrina intentó enfocarse en el hombre más mayor para evitar la escrutadora mirada del más joven, que parecía querer fotocopiarla, lo que la puso el doble de nerviosa.

—Disculpe por no haber hecho las presentaciones. Ella es Catrina, la novicia en prácticas. Hoy mismo ingresará. Pasará unas semanas con nosotros hasta decidir si es este el lugar en el que quiere estar. —Se giró hacia Catrina, sonriente, cómo no—. Él es el padre Adrián, nuestro sacerdote, y él es el padre Pedro, el abal y encargado del funcionamiento del monasterio y la iglesia, además del convento.

—Vaya... —soltó Catrina con sorpresa, mirando al segundo hombre para quitar la atención que tenía puesta en el primero. Enseguida supo que iba a decir una estupidez de las suyas a causa de los nervios, pero no pudo retenerla—: Pedro, como el apóstol. Qué casualidad.

—Sí, qué casualidad —dijo el hombre con los dientes apretados, desviando los ojos a Adrián y después a Telma, quienes se miraron entre sí con una sonrisa algo forzada. El sacerdote más joven no compartió el gesto, quien seguía con los ojos fijos en ella con una intensidad abrumadora.

«Genial. Diez minutos en el convento y ya piensas que eres una chiflada», pensó mientras desviaba de manera inconsciente los ojos hacia aquellas piedras aguamarina que parecían querer fundirla con ardor.

No era simple curiosidad lo que había en su mirada. Sabía de pocas cosas en la vida, muy pocas, pero si en algo tenía experiencia era en los animales que hibernaban dentro de cada ser humano que se comportaba según la sociedad había marcado. Oh, sí. Conocía cada detalle de ellos. Por ejemplo, lo más básico de cualquier animal que hiberna: que solo sale de su refugio cuando llega el calor.

Él parecía desear arder en llamas.

Y ella era fuego.

La miraba como un hombre mira a una mujer que desea y no como un sacerdote debería mirar a una novicia. Y aunque no hubiera sabido nada de esa persona salvaje que habita en cada uno de nosotros, sabía con certeza del salvaje que habitaba en él. No porque fuera una séneca, sino porque ya la había escrutado como si fuera su presa.

Observó la cruz que colgaba de su cuello, mantuvo el aire en sus pulmones y un recuerdo le llegó.

Aquella noche estaba atada de pies y manos a una cruz mucho mayor, desnuda por completo y expuesta. Él la miró desde el otro extremo de la gran mazmorra, solo a los ojos, como si no le interesaran sus tetas descubiertas o su coño levemente abierto por la posición de sus piernas. En ese momento, su cuerpo era atendido por un hombre que tenía las riendas de la situación y que cubría sus pezones con cera caliente que caía en forma de deliciosas lágrimas. Antes de que el líquido se secara sobre ellos, los capturaba con las pinzas y tiraba, torturándolos con el calor de la cera y la presión de los diminutos alicates. Catrina gimió con los ojos fijos en el desconocido, quien, al fondo, vestido de traje y con un látigo en la mano, no perdía detalle de su rostro al contraerse.

—¿Nos conocemos? —le preguntó el hombre, sacándola abruptamente del recuerdo.

Negó de forma convincente y le sonrió para distraerlo con su encanto natural. De manera directa, sus ojos se desviaron de los del sacerdote a su boca. Nunca fallaba.

—No lo creo, padre. A no ser que haya pasado por Sevilla o tenga algo que ver con Escarlata, la empresa textil donde trabajaba y donde pasaba la mayor parte de mi día.

—Debo haberme confundido —claudicó con seriedad y sin apartar la mirada de ella, mostrando ese leve fruncimiento en el ceño del que no había conseguido desprenderse.

—Ahora tenemos que irnos —comentó el padre Pedro—. Estamos buscando a la abadesa. ¿La ha visto? —le preguntó a Telma.

Esta negó con la cabeza.

—No la he visto en todo el día. Salió por la mañana con la hermana Josefa para encargarse de los recados y la compra de la semana. Ni siquiera ha podido atender a Catrina en su recibimiento.

Pedro asintió.

—Está bien. Si la ves, dile que estamos en la iglesia, intentando que no se inunde —protestó en tono huraño—. ¡Esos ineptos!...

—Padre —lo regañó con tono paciente el sacerdote.

—¡Lo son! Para pintar un cuarto del tamaño de una caja de zapatos han roto una tubería. ¡Qué clase de pintor toca tuberías! La misa es el domingo, tenemos un cuarto lleno de agua y no conseguimos que las paredes se sequen debido a la humedad. ¡Van a acabar conmigo! —gruñó mientras comenzaba a caminar.

—Con Dios. —Telma, aguantando una risilla y con las manos por delante del cuerpo, inclinó la cabeza.

—Con Dios, hijas, con Dios... —se despidió el hombre al borde de un infarto.

Catrina se vio en la obligación de repetir el gesto y las palabras de la otra novicia, gesto al que respondió Adrián de la misma manera antes de decir:

—Espero que la estancia sea de su agrado y finalmente decida quedarse en el seno de Dios. De nuevo, disculpe mi torpeza, espero no haberle hecho daño.

Había que ser nivel experto para conseguir hacérselo.

—No tiene de qué preocuparse —fue lo último que le dijo mientras comenzaba a caminar en dirección contraria, siguiendo los pasos de la novicia.

Cuando miró por encima de su hombro de manera disimulada para poder verlo desde otra perspectiva, él ya la observaba de la misma forma.

Ninguno de los dos apartó los ojos hasta que la presencia de sus acompañantes los obligó a disimular.

Contra todo pronóstico, había dormido la primera noche. Todo un milagro, teniendo en cuenta las circunstancias. A pesar de tomarse cada día un relajante muscular no recetado antes de dormir, no siempre le funcionaba. A veces, la maldita presencia de la oscuridad era mayor que el fármaco. Cuando la noche antes vio su austera habitación, sintió escalofríos. Era de color beis y solo contaba con dos camas, una al lado de la otra con gran separación, cada una acompañada de una mesita de madera antigua; un armario compartido en el que guardar el hábito, la ropa interior o lo que eligieras ponerte debajo de este, los zapatos y los enseres del baño, y, lo que más mal rollo le dio, un gran crucifijo de madera en medio de las dos camas, colgado en la pared con un cristo clavado. Mentía: lo que le había dado mal rollo eran los candelabros de tres velas que había sobre cada mesilla. Pensó que lo mismo todavía no había llegado la gran tecnología de las lámparas al convento y que debía hablarle de ella a las hermanas cuando tuviera oportunidad.

Parecía una película de miedo. Le recordó a *El orfanato*, a aquel *escape room* de Sevilla al que fue convencida por los compañeros de trabajo —nunca lo habría hecho por cuenta propia— y a lo que sintió cuando entró en la primera sala fría, espaciosa y compuesta de un mobiliario muy parecido al de aquel lugar en el que ahora dormiría cada noche.

Telma le dio indicaciones antes de dormir: a las nueve estaban todas las hermanas en sus habitaciones, no se desnudaban la una delante de la otra y siempre se arrodillaban a rezar antes de meterse entre las sábanas. Así que aquella primera noche Catrina fingió que rezaba mientras un sentimiento de preocupación la asaltaba. ¿La habría reconocido el cura? Estaba segura de que el día de su encuentro estaba lo suficiente borracho y drogado para recordar algo, pero ¿acaso no se encontraba ella en el mismo estado? ¿Y si se había confundido? ¿Y si les había asegurado que todo estaba bajo control y, en cambio, nada lo estaba?

Tragó saliva con fuerza. No podía permitírselo. Si él hacía alusión a su encuentro, lo negaría a toda costa. Su futuro dependía de ello.

Pensó en él, pero lo hizo de manera fugaz cuando al recordar su mentón marcado y su ceño fruncido un latigazo de deseo hizo que le palpitara el sexo. No podía permitirse aumentar su frustración con deseos imposibles. Miró hacia su izquierda y comprobó que Telma estaba girada en su dirección. Sería muy descarado acariciarse, aunque fuera un poco, por debajo de la sábana, ¿verdad? Suspiró y pensó en el tabaco. O en un porro de hierba que la hiciera transportarse a un lugar donde fumar, beber y follar no fuera un pecado de muerte.

Con ese pensamiento se quedó profundamente dormida, y apenas un pestañeo después sonó el despertador. Debía estar programado por su compañera de habitación, porque ella no había tocado nada.

Se levantaron a las cinco y media de la mañana. Enterró la cara en la almohada y quiso gritar de frustración al ver la noche a través de la ventana. Maldita sea, los sábados ella vivía de noche y dormía de día, y no al contrario.

Hasta las siete y media, la rutina se centraba en ducharse, desayunar, rezar y meditar. Acompañada y guiada en todo momento por la otra novicia, se internó en el baño en el que

las hermanas entraban por turnos. Al verlo, pensó que bien podría ser el de una cárcel: de estilo vestuario, con cinco duchas compartidas y separadas por tabiques para no verse entre ellas, cinco idénticos habitáculos para los váteres, percheros de pared y bancos en los que depositar la ropa. Resopló cuando vio los dispensarios de jabón. Su cabello largo y sedoso que cuidaba con mimo se convertiría en un estropajo con aquel champú común, sin gota de mascarilla ni tratamientos capilares costosos.

Se puso el hábito directamente sobre la ropa interior que las hermanas le habían proporcionado y lo ajustó con el cinturón de los tres nudos. Los repasó con sus dedos uno a uno. «Castidad, obediencia y pobreza», repitió en su cabeza mientras Telma, ahora ya vestida, la ayudaba a colocarse la toca y el velo.

—Lista —la muchacha le sonrió afable tras tocar con devoción la cruz que ahora también colgaba del pecho de Catrina, idéntica a la suya: pequeña y de madera, sujeta por un cordón para nada destacable.

Nerviosa, sin saber por qué, se vio en la obligación de coger aire antes de darse la vuelta y mirarse en el único espejo del convento. No les eran necesario porque la apariencia allí era una nadería; todas eran iguales, todas hacían el bien y todas amaban a Dios, que era lo realmente importante. Pero también todas producían legañas. Y, gracias al cielo, tuvieron a bien permitir un espejo para quitárselas.

Contuvo la respiración al ver su reflejo, que solo era eso: un reflejo. Porque no consideraba que fuera esa joven de piel clara y nítida sin una gota de maquillaje, que la miraba, sin rímel en sus largas pestañas, que por suerte seguían siéndolo sin producto, ni su sábana oscura de pelo cayendo por delante de los hombros. Seguía importándole todo aquello, sobre todo teniendo en cuenta que en algún momento tendría que acercarse al sacerdote, y dudaba mucho que con esa apariencia de niña de instituto, casta y pura, consiguiera nada.

—¿Cómo te sientes, hermana? —le preguntó su compañera. Tardó unos segundos en entender que, ahora sí, la hermana era ella.

Se tragó el nudo de la garganta y asintió sonriente.

—Un poco nerviosa, pero bien. Creo —reconoció.

—Es normal. —La condujo fuera de los baños de manera apresurada para que las hermanas del siguiente turno entraran—. A mí me pasó igual. Me costó dos semanas desprenderme físicamente de la persona de antes y acostumbrarme a la nueva yo de ahora, sin maquillaje, sin ropa sofisticada ni pertenencias.

—¿Quién eras antes? —indagó curiosa mientras descendía los escalones gastados con miedo de tropezar con el hábito y caer. En realidad, la tela no llegaba al suelo, ni mucho menos, pero ella ya había demostrado que no era muy habilidosa en el día a día con sus manos y pies.

Depende de para qué los usara, eso sí.

Telma, que ya no sonreía, como hacía casi todo el rato, tardó en responder:

—Alguien completamente diferente. Una esnob con ínfulas de reina —se limitó a explicarle, y supo que no quería añadir nada más.

—No... —pronunció Catrina con asombro.

—Sí. —La muchacha rio, divertida por su reacción.

—No lo habría pensado en la vida. Pero si pareces sacada de la portada de un libro de inglés, con ese rostro en calma y la sonrisa permanente.

Telma se encogió de hombros entre risas.

—Bueno, gracias, supongo. Justo esa es mi intención: ser otra persona. Por suerte, estoy consiguiéndolo. Gracias a Él.

—Sujetó la cruz de su pecho, la llevó a sus labios y la besó con una devoción que a Catrina le revolvió las tripas.

No dejaba de asombrarle y asustarle a partes iguales aquellas grupis de Jesucristo que parecían aceptar que todo lo que pasaba en el mundo era causado por él.

Por suerte para su lado chismoso, la presencia de Cristo quedó relegada a un segundo plano cuando aquella muchacha insípida y sonriente se ganó diez puntos de interés con su silencio. Porque no añadió nada más. «Vaya con la beata...». El día anterior le parecía una dulce y amable insulsa, y ahora deseaba saber qué había ahí dentro, en el rinconcito reservado para el pecado. Todos tenemos uno, y disfrutaba como una niña pequeña descubriendo el de los demás, averiguando qué lo alimentaba y, si se daba el caso, siendo una buena samaritana y dándole de comer un poco más. Lo llamaba el Lujuria Vip, porque, a pesar de que cada uno poseemos uno propio, pocos son los afortunados que acceden a él, se sientan en su cómodo sofá y disfrutan de la fiesta. Ella había explorado todas y cada una de sus fantasías, o eso pensaba —porque cada vez que cumplía una aparecían dos nuevas—, pero la apenaba enormemente saber que había gente que moría sin darle rienda suelta a la música y al desenfreno de su reservado. Como su madre, por ejemplo, que siempre le recriminaba que en su cama solo había entrado un hombre, como debía ser. Se hizo un nudo imaginario en el corazón y apartó de un manotazo mental el recuerdo espontáneo de sus padres.

Dando los buenos días, se internaron en la sala que hacía de comedor. Telma, con paciencia, la presentó a las demás hermanas que no había visto en el baño.

—Ella es sor Gloria, una de las mejores reposteras de nuestro obrador, junto con sor Fátima, por supuesto, la encargada de este. —Las monjas iban sonriéndole con amabilidad y un asentimiento de cabeza—. María Nieves se dedica a confección. Y por aquí, sor Basima. Es el gran apoyo del convento. ¡Todo lo hace bien! —La mujer de piel ligeramente oscura y cejas anchas negras le restó importancia con un gesto de mano—. Es palestina. Llegó a España hace doce años...

La novicia le explicó algo de todas, una por una, sin dejar de nombrarlas. Antes de saber el nombre de una, ya había ol-

vidado el de la anterior; algo normal en ella, quien solo asentía con una sonrisa afable, mostrando un interés que no sentía.

Con una desgana ya implantada a causa de las tristes duchas, comprobó que en la mesa solo había café, leche, galletas y pan con mantequilla. No comenzaba bien el día, lo mirara por donde lo mirase. Lo primero porque había empezado como diez horas antes de lo normal, y lo segundo porque, sobre todo los fines de semana, se daba el lujo de desayunar como una auténtica reina. Y el desayuno implicaba cualquier hora a la que se despertara, así fueran las ocho de la tarde; algo que, parecía, no iba a vivir en aquel sobrio lugar. Mientras mojaba su triste galleta en el café, comprendió aquello del voto de pobreza. Adiós a los aguacates, al salmón ahumado y al zumo de naranja recién exprimido tras su café molido premium. Casi sollozó de desolación.

—Por suerte, la leche es entera —rumió por lo bajo como una niña enfadada.

—No siempre. Depende de los donativos —le respondió Telma también en un susurro, como si hablar en la mesa fuera un pecado.

Catrina la miró.

—Ayer dijiste algo de que la abadesa estaba comprando para la semana. Creí entender que eran alimentos.

—Lo son. Pero si alguna empresa local realiza, por ejemplo, donativos de leche, lo usamos con agradecimiento hasta que se agote.

El tiempo de poner los ojos en blanco fue el suficiente para que la mitad de la galleta se partiera y se desintegrara en la leche, creando un amasijo desagradable.

—Mierd...

Telma le dio una patada por debajo de la mesa que le cortó la palabra, y tuvo que aguantarse una risilla cuando la hermana Gloria, que estaba justo enfrente, la miró con tono acusador.

Lo de rezar y meditar, que fue lo que tocó justo después en la programación diaria de aquellas mujeres que encima

Perdóneme, Padre...

se mostraban felices con sus vidas elegidas, se lo dejó a sus dotes artísticas, fingiendo dedicarle devoción a Dios cuando en realidad luchaba por no quedarse dormida en aquella incómoda postura: de rodillas, con la cabeza gacha, las manos juntas pegadas a su pecho y los ojos cerrados.

A partir de ahí, el día pasó volando. La abadesa la recibió como se suponía que hacía con todas las muchachas nuevas y tras ello le explicó, además de todo lo que le habían contado ya las hermanas, que el proceso de prácticas sería de tres semanas, a lo sumo cuatro, y ahí, en realidad, comenzaría la conversión a novicia, que era de dos años. Lo de ahora era algo así como una novicia en prácticas. Llegado ese momento, dos años después, decidiría si deseaba realizar los votos, casarse con Dios y vivir en el convento de manera definitiva. Y hasta entonces no tendría que cortarse el pelo, lo cual era una de sus mayores preocupaciones.

Respiró tranquila ante la explicación.

Con suerte, cumpliría su cometido mucho antes y no viviría nada de aquello.

Si es que la suerte y el destino conseguían darse la mano.

Continuara...

El 20 de noviembre